

Enrique Javier Díez Gutiérrez

Pedagogía antifascista

Construir una
pedagogía inclusiva,
democrática y del
bien común frente
al auge del fascismo
y la xenofobia



Enrique Javier Díez Gutiérrez

Pedagogía antifascista

Construir una pedagogía inclusiva,
democrática y del bien común frente al
auge del fascismo y la xenofobia

Prólogo de
Jaume Carbonell

Octaedro 

Colección Horizontes Educación

Título: *Pedagogía antifascista. Construir una pedagogía inclusiva, democrática y del bien común frente al auge del fascismo y la xenofobia*

Primera edición (papel): marzo de 2022

Primera edición (epub): mayo de 2022

© Enrique Javier Díez Gutiérrez

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5, pral. - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

octaedro@octaedro.com - www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN (papel): 978-84-19023-77-3

ISBN (epub): 978-84-19023-78-0

Realización y producción: Ediciones Octaedro

Índice

Prólogo

Introducción. El neofascismo actual

1. La penetración del neofascismo en la educación

«Educar» y adoctrinar

Pin de censura educativa

Lawfare educativo

Acoso a la educación pública

Cuestionan al profesorado

Vulnera el interés superior del menor

Efectos colaterales

«Educación» patriótica militar

Si preparas la guerra la acabarás provocando

Programación neurobélica

¿Educar militarmente para la paz?

«Educar» en la insensibilidad ante el maltrato animal

Formación de matador

El maltrato animal como «patrimonio cultural»

Educamos con nuestro ejemplo

«Educar» en la doctrina católica

Educación nacionalcatólica

Cuestiona la convivencia y provoca segregación
Catequesis y dogmas
«Educar» en la desmemoria
Olvido ¿intencionado?
Libros de texto que invisibilizan
Temas «tabú»
«Educación» neomachista
Contra la «ideología de género»
Contra la violencia de género
Contra el lenguaje inclusivo
El verdadero feminismo
«Educar» en el triunfo individual
La seducción del sistema
Erradicar a los «parásitos»
«Pedagogía» del egoísmo
Revictimizar a la víctima
El cambio está en nuestro interior
«Educación» meritocrática
Lo que importa es el talento
Moral de soberbia y resentimiento
Ideología del esfuerzo
Dispositivo disciplinador
El problema es la meritocracia
«Educación» autoritaria
Generar alarma social
Judicializar la vida escolar
«Educar» en el racismo y la xenofobia
Estrategia de odio y confrontación
Racismo sin fronteras

- Institucionalizar la segregación
- Racismo de baja intensidad
- «Educación» ecofascista
- Desarrollismo y *greenwashing*
- Patriotismo verde
- Colapso
- El capitalismo es el problema

2. Educar frente al neofascismo

Pedagogía crítica

- La educación pública garantiza la pluralidad
- La educación nunca es neutral
- Praxis educativa crítica

Pedagogía en valores

- Educación en los valores consagrados en los derechos humanos
- Educación en todos los derechos humanos
- Educación en el cuidado de todos los seres vivos

Pedagogía laica

- La religión fuera de la escuela
- Superar la herencia de la transición posfranquista
- Superar toda forma de adoctrinamiento religioso

Pedagogía de la memoria

- Incluir la memoria histórica en el currículum
- Derecho a conocer la verdad

Pedagogía feminista

- Visibilizar a las mujeres y sus logros
- Espacios y tiempos coeducativos
- Educación en masculinidades alternativas
- Educación en el feminismo

Pedagogía del apoyo mutuo

Cooperar y no competir asegura la vida

Repensar la educación desde la cooperación

Pedagogía inclusiva

Pedagogía de la cohesión

Más allá de la integración

Transformar inclusivamente los centros

Pedagogía de lo esencial

Priorizar los aprendizajes esenciales

Un currículum relacionado con la vida

Pedagogía de la evaluación democrática

Evaluar para mejorar

Pedagogía del error

Evaluación participativa

Pedagogía digital crítica

Recuperar nuestra soberanía digital

Herramienta complementaria

Pedagogía lenta

Enseñanza pausada

Desacelerar los ritmos escolares

Pedagogía intercultural y antirracista

Educación para una ciudadanía mundial

La diferencia cultural como valor

Pedagogía decolonial

Educación «otra»

Descolonizar el saber

Pedagogía de la igualdad

La desigualdad mata

A cada cual según sus necesidades

Educación para la igualdad social
Pedagogía ecosocial del decrecimiento
Sobriedad voluntaria
Descolonizar el imaginario dominante
Pedagogía democrática
Aprender la democracia practicándola
Escuelas democráticas
Pedagogía de la desobediencia
Desobediencia civil activa
Educar en el derecho a la desobediencia
Pedagogía del compromiso
Luchando también estamos enseñando
Educar en el antifascismo
Pedagogía del bien común
Repensar la educación desde el bien común
Otra educación es posible

3. Por una educación antifascista

Bibliografía

Agradecimientos

Prólogo

Jaume Carbonell Sebarroja

Un nuevo tsunami ideológico, con huellas del pasado y nuevas adherencias pegadas al presente, recorre Europa y América. A este fenómeno se le llama neofascismo, ultraderecha, neonazismo, extrema derecha, nacional populismo de derechas, racismo radical. A sus activistas se les conoce simplemente por fachas. Un conglomerado heterogéneo que en algunos casos se instala en el poder y en otros ejerce de oposición dentro y fuera del parlamento. Pero en todos los casos despliega una creciente influencia para introducir en las agendas gubernamentales las políticas fascistas, que se traduce en giros significativos a la derecha por parte de las otras fuerzas políticas: de derechas e incluso a veces de izquierda, poniendo en peligro derechos democráticos básicos y conquistas sociales.

Este viejo-nuevo movimiento se nutre de un sólido entramado económico, mediático, institucional y cultural. Así, se cuenta con el beneplácito de grandes empresas multinacionales, con el apoyo de poderosos medios de comunicación y con la directa colaboración de diversos núcleos vinculados al integrista religioso –católico en Europa, evangélico en América–, que, a modo de Reconquista, apuntalan los valores y costumbres más reaccionarias, de influyentes fundaciones culturales y educativas, de universidades privadas y redes formativas y

de una penetración nada desdeñable en los órganos judiciales, las fuerzas armadas y los diversos cuerpos de seguridad. El conglomerado de actores es heterogéneo y cada espacio atesora su propia singularidad, pero existe un discurso ideológico común nada improvisado que los cohesiona.

Este relato de la extrema derecha, que lo cohesiona internamente y penetra en el tejido social y en la vida cotidiana, rehúye la complejidad y simplifica extraordinariamente las cosas: o blanco o negro, no hay lugar para los matices, ni para la mezcla de colores, ni mucho menos para las diversidades, ni para la pregunta y la duda. Se impone el pensamiento único y una visión del mundo en que todo es rígido, jerárquico e inamovible. Este cierre ideológico conlleva una tergiversación y manipulación de la realidad, porque esta es lo más distante a una foto fija que solo puede apreciarse desde una sola perspectiva. Las *fake news*, con una intensa y permanente agitación en las redes sociales, se convierte en su principal aliado. Noticias falsas que a fuerza de repetirlas tratan -y con frecuencia lo consiguen- de convertirse en verdades.

El neofascismo recurre a un discurso antisistema que viene a decir lo siguiente: los partidos tradicionales han pervertido la política -les ha faltado mano de hierro- y son los causantes de la crisis económica que ha empobrecido a las clases medias y ha hundido en el pozo a las clases trabajadoras que se sienten abandonadas e indefensas frente a las políticas de austeridad; por ello hay que darle la vuelta al calcetín impulsando otras políticas radicalmente distintas. Así, se erigen en salvadores de la patria y en los más firmes defensores de la libertad individual y de elección -siempre salen a relucir el cheque escolar y el pin parental-, una libertad que cuestiona los derechos de la infancia y que no hace más que proteger el

uso abusivo y extensivo de la libertad por parte de las familias para imponer a sus hijos lo que deben aprender en función de sus intereses particulares, sus convicciones ideológicas y sus creencias religiosas. Algo que está en las antípodas de una escuela democrática e inclusiva. Por otro lado, detrás de este discurso no se pretende otra cosa que apuntalar el neoliberalismo, entendido como la fase superior del capitalismo más salvaje que recorta derechos democráticos y sociales, desmantela y privatiza servicios públicos -que trata previamente de desacreditar- y acrecienta las desigualdades, blindando y aumentando las rentas de los más poderosos y dejando a la intemperie a sectores cada vez más amplios de la población. Así lo atestiguan los programas y las acciones de gobierno de la extrema derecha.

Pero ¿cuáles son los ejes prioritarios en los que se sustentan las políticas fascistas? Hay dos conceptos que, en cierta manera, lo envuelven todo: el miedo y el odio a todo lo distinto y diferente que se ve como una amenaza a la tradición más conservadora del orden establecido y, en consecuencia, trata de excluirlo y expulsarlo. Trátese de la acogida de refugiados o de inmigrantes. Se impone el supremacismo blanco, la segregación, la xenofobia y el racismo puro y duro en sus múltiples versiones, recurriendo a toda suerte de tópicos y estereotipos. Asimismo, se propaga la homofobia, el antifeminismo y la negación del cambio climático y de otras cuestiones que tengan que ver con la evolución social y las evidencias científicas, y se recurre al autoritarismo mediante un Estado autoritario y centralizado, poco proclive a aceptar las distintas lenguas y culturas. La seguridad por encima de todo, a costa de sacrificar la libertad, la democracia y la justicia social. Por otro lado, se percibe una tendencia a mitificar las glorias de un pasado, no siempre muy

ejemplar, y a ocultar o blanquear sus aspectos más crueles y oscuros.

Pongamos que hablamos de dictaduras y holocaustos. De ahí la importancia de proteger legalmente la recuperación de la memoria histórica democrática en los distintos ámbitos sociales. También en la escuela y en los libros de texto escolares.

El autor de este libro, Enrique Javier Díez Gutiérrez, se ha ocupado extensamente de las cuestiones hasta ahora señaladas con varios libros en su haber, artículos e intervenciones en diversos foros. También desde la militancia más activa y de proximidad, contribuyendo a rescatar memorias de resistencia antifascista y a denunciar las brutalidades del régimen franquista. Por tanto, en él convergen la solidez teórica de quien sabe documentarse a fondo y sacar el máximo provecho de lo que lee con el conocimiento experiencial de la práctica política en la defensa de la recuperación y fortalecimiento de derechos y libertades. En la primera parte de esta obra profundiza, mediante un esquema bien estructurado y una lectura ágil, en la penetración del neofascismo en los ámbitos y cuestiones más llamativas de la educación, a partir de la premisa que los dos neos -fascismo y liberalismo- van estrechamente unidos y que su auge, tanto en los valores como en las acciones, anda emparejado.

En la segunda parte, disecciona con agudeza, contundencia y precisión las bases para una educación frente al neofascismo: cómo construir una pedagogía inclusiva, democrática y del bien común frente al auge del fascismo y la xenofobia. En cierta manera, ofrece una agenda o una carta de navegación completísima para la transformación educativa en clave de justicia social, en la que apenas se deja nada sustancial en el tintero. Ahí están

las pedagogías que apuestan por valores como el respeto, el pluralismo, la solidaridad y la cooperación, por la más amplia diversidad, por el laicismo y el feminismo, por la pedagogía inclusiva y de la igualdad, por la pedagogía lenta y el aprendizaje profundo, y por una pedagogía de la inclusión que contribuya a la formación de una ciudadanía libre y democrática. Y ante todo, por una pedagogía firme defensora de los DERECHOS HUMANOS, así, en mayúscula. Y que lo haga desde el pensamiento crítico, tratando de entender el porqué de las injusticias y el sufrimiento humano, el porqué de los cambios y retrocesos históricos, así como las claves para observar y comprender el mundo; y en la medida de lo posible poner el granito de arena para mejorarlo. ¿De qué sirve la escuela si no es capaz de ayudar a entender el mundo?

La escuela democrática de la que habla Enrique Javier no adoctrina, ya que no impone una manera de pensar -el qué pensar-, sino que abre caminos de apertura hacia el cómo pensar, al diálogo, al contraste de pareceres, a la conversación democrática. Es una escuela que practica la democracia a partir de la participación de los diversos agentes de la comunidad educativa -alumnado, profesorado, madres y padres y otros profesionales y agentes del territorio- en todos los espacios de socialización de la infancia y la juventud. De ahí la importancia de la pregunta, de la escucha activa, de la toma de decisiones, de los aprendizajes y proyectos individuales y colectivos que se van fraguando y que ayudan a optimizar el desarrollo de las capacidades y oportunidades individuales y colectivas.

Hay una pregunta preocupante ante el ascenso vertiginoso de la extrema derecha y los neofascismos que interpela a la escuela: ¿Por qué su discurso es tan seductor para la juventud y para otras edades? Hay algunas

explicaciones racionales, antes apuntadas, y otras de tipo emocional, donde se mezcla la ignorancia, la pereza mental, el conformismo y la resignación. La cultura política y cívica es muy deficitaria; informarse bien requiere conocimiento, esfuerzo y compromiso, y un grueso de la sociedad se ha acomodado en la cultura de la indiferencia y la resignación: el dicho de que esto hay que aceptarlo así porque nada se puede hacer, porque existe un desafecto hacia la clase política –el conocido tópico de que todos los políticos son iguales, piensen lo que piensen y hagan lo que hagan–; y, por lo general, no se buscan soluciones colectivas alternativas, sino que todo deriva en el refugio y la salida individual y el egoísmo. Por otro lado, los discursos y las prácticas racistas y antiinmigración, por citar algunas de las situaciones más dramáticas, se acaban naturalizando y normalizando.

¿Qué hacer desde la escuela? El autor, aún consciente de las dificultades, señala algunas pistas esperanzadoras. Eso sí, todas ellas conllevan un compromiso docente inequívoco para educar más allá de enseñar la asignatura, abriendo espacios de reflexión en todas las intervenciones educativas, llenando las aulas y los centros de valores democráticos, de pedagogía crítica, de construcción de ciudadanía. Un compromiso que a veces requiere resistencia y hasta desobediencia civil. Un compromiso que Gabriel Celaya supo plasmar con especial nitidez en una de las estrofas de su poema «La poesía es un arma cargada de futuro».

*Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta
mancharse.*

Montgat, 6 de diciembre de 2021

Introducción.

El neofascismo actual

Ángel Munárriz (2021) y Laura Galaup (2021) analizaban en 2021 cómo grupos ligados al fascismo están creando e impulsando escuelas, institutos y centros educativos por toda Europa para formar a sus líderes del futuro, con el fin de dar la «batalla de las ideas», combatir la «hegemonía progre» y el «marxismo que ha mudado de piel suplantando con la lucha de género y la lucha de razas a lo que otrora era lucha de clases». Pretenden con ello recuperar la «hegemonía y el imaginario cultural» frente a «la izquierda que solo sabe dividir y sembrar el odio y la discordia», según afirmaba el director de uno de ellos, el Instituto Superior de Sociología, Economía y Política (ISSEP), en su carta de presentación. Este instituto es la rama española del de Marione Maréchal en Francia, sobrina del ultraderechista Le Pen. Ofrece 20 exclusivas plazas cuyo coste es de 12 000 euros para formar a «una nueva generación de líderes del futuro». Como profesorado participa el dueño del canal de comunicación ultraderechista *Intereconomía*, el empresario y expresidente de la constructora Sacyr Vallerhemoso, una de las grandes fortunas de España, así como otros vinculados al partido ultraderechista Vox.

Por su parte, la Fundación Disenso, el *think tank* de Vox, que preside su líder, Santiago Abascal y que tiene entre sus patronos a nombres conocidos de la ultraderecha como Herman Tertsch y Rocío Monasterio, oferta un programa para formar a «jóvenes líderes» y «combatir» el «avance del comunismo» de cara a «reconquistar» la Iberosfera, uno de los conceptos fetiche de Vox, que incluye España, Estados Unidos y América Latina.

Otro centro de formación, el Instituto de Política Social (IPS), una de las asociaciones más beligerantes contra las actuales leyes de educación y de muerte digna, cuya vicepresidenta es exdirigente de Vox, forma también «líderes» para librar la «batalla de las ideas» por «la Unidad de España, la defensa de la familia y la promoción de la vida».

El Instituto de Liderazgo Blas de Lezo, que acusa en las redes sociales a la OMS y a la ONU de ser «agencias criminales» y cuya presidenta equipara aborto a nazismo, vende «análisis sociopolítico de los problemas de nuestra patria» y «defensa de la vida» para adolescentes y jóvenes comprometidos de 16 a 26 años, así como cursos para universitarios dirigidos a «saber cómo actúa el feminismo radical y cómo combatirlo» e impartidos por dirigentes y cargos públicos de Vox. Además, Abogados Cristianos, frente jurídico del *lobby* integrista, también se enorgullece de formar estudiantes de Derecho «líderes e íntegros» que ponen los «conocimientos adquiridos» al «servicio de Dios».

Como denunciaban Albert Camus y Thomas Mann en una declaración de 1947, el fascismo es una forma de política empleada por los demagogos, cuyo único móvil es la ejecución y ampliación de su poder, para lo cual explotarán el resentimiento, señalarán chivos expiatorios, incitarán al odio, esconderán un vacío intelectual debajo de eslóganes e

insultos estridentes, y convertirán el oportunismo político en una forma de arte con su populismo de soflamas simples y mantras repetitivos.

Cuando hablamos de fascismo (Paxton, 2019) tendemos a pensar en los movimientos fascistas clásicos ligados a personajes como Hitler, Mussolini, Pinochet, Videla, etc., responsables de genocidios y crímenes contra la humanidad. Pero Hitler fue durante mucho tiempo un político aceptado y valorado, que llegó al poder a través de un proceso democrático. Mussolini instauró una dictadura fascista tras convertirse en presidente del Consejo de Ministros de Italia, sustentado por una coalición de partidos. Pinochet fue aplaudido por Estados Unidos. De hecho, el fascismo ha sido un fenómeno muy popular, aceptado en Europa y Estados Unidos, financiado por la alta burguesía de esos países, con un discurso «antipolítica» y la complicidad y el blanqueamiento de autoridades, políticos, empresarios y prensa, que acabaría consiguiendo conformar un tablero de «bandos» enfrentados mediante la crispación política y social, que es el terreno en el que mejor se mueve: el de la confrontación, la provocación y la violencia.

El actual retorno del fascismo no hace referencia al nazismo, sino al retorno de esa «peste», como diría Camus, esa enfermedad política con su epicentro marcado por el odio que corroee una democracia vulnerable y frágil. En su novela *La peste*, Albert Camus (2004) dice que esa plaga «nunca muere o desaparece para siempre; puede permanecer dormida durante años, hasta que vuelva a aparecer otra vez». El Roto (2021) lo confirma: la serpiente muda de piel, pero no de veneno.

Actualmente, Enzo Traverso (2018) utiliza el término *posfascismo* para denominar a estas fuerzas que ocupan de nuevo el espacio de la ultraderecha, que no son

exactamente similares a las de sus ancestros de los años treinta y que han pasado actualmente de los márgenes a ocupar de nuevo un espacio central en el tablero político mundial. Pero el prefijo *pos-* parece hacer referencia a algo ya pasado y superado. Por lo que utilizaré la partícula *neo* para referirme a este nuevo fascismo mezcla de neoliberalismo, conservadurismo, nacionalismo primario, racismo y xenofobia, desprecio por los pobres y las mujeres e islamofobia, que genera unas concepciones y prácticas políticas autoritarias, violentas y retrógradas.

Aunque son movimientos que no se autodefinen como fascistas, pues rehúsan esta definición, no pueden ser caracterizados sin hacer una comparación con el fascismo clásico. Este neofascismo no es una réplica mimética del fascismo clásico de antaño: sus líderes ya no hacen públicamente el saludo nazi, ni son cabezas rapadas, ni se tatúan esvásticas en el cuerpo de forma compulsiva, pues no es un buen marketing de cara a su imagen pública, e incluso muestran su apoyo explícito al régimen israelí.

Es una extrema derecha 2.0, que incluye a neoliberales autoritarios, homoidentitarios y neofascistas. Utiliza un lenguaje y un estilo populista. Con un discurso sustentado en el odio de clase, de etnia y de sexo. Pretende dar la batalla cultural por la hegemonía ideológica, marcando la agenda mediática y política, y adoptando para ello estrategias de provocación constante a través de la propaganda y las *fake news* en las redes sociales y mediante la reappropriación de los instrumentos de movilización más habituales de los movimientos sociales, tales como la toma de calles, las manifestaciones públicas, los escraches o los mítines, exhibiendo simbologías y consignas llamativas y provocadoras.

Las políticas neoliberales con sus privatizaciones masivas, el ataque a los derechos sociales y a lo público, a

la misma idea del bien común, así como la promoción del individualismo y el egoísmo, del «sálvese quien pueda» han sentado las bases del actual auge del neofascismo. Un entorno social cuidadosamente diseñado para desalentar la movilización y la solidaridad colectiva. A través de exacerbar el individualismo sociológico y el consumismo enajenante hemos alcanzado niveles de desarticulación colectiva que hace un siglo hubieran requerido de una represión feroz o de la ilegalización de las organizaciones sociales. Lo cual ha permitido que se difundan como una ola los discursos etnonacionalistas y neofascistas que se presentan como soluciones autoritarias ante el desamparo y abandono, o la impotencia o incapacidad, por parte de los poderes públicos (Brown, 2021).

El neofascismo recoge elementos sustanciales de la tradición clásica del fascismo: la propiedad privada y los valores tradicionales de la nación; la apelación a un pasado mítico (sea el imperio colonial «conquistado» y perdido o la dictadura franquista como tiempo de estabilidad); la búsqueda de chivos expiatorios a quienes atribuirles todos los males y contra quienes centrar todos los rencores para lograr la confrontación antagónica de un *nosotros* contra un *ellos*; el combate contra la supuesta islamización de Europa; la bandera del orden público, el control social, la autoridad y la disciplina (sea con la insistencia en la prisión permanente revisable o el apoyo de las leyes mordaza), o la denuncia de las «imposiciones» de la Unión Europea.

Pero junto a estos ejes clásicos del fascismo, el neofascismo suma actualmente su lucha contra lo que denominan la «ideología de género» y el feminismo «supremacista» (denunciando las leyes contra la violencia de género); asume las teorías de la conspiración y utiliza las *fake news* (sea la financiación venezolana e iraní a Podemos o la invasión musulmana); recurre al victimismo